

tan claramente discernible como en el acto por el cual un ser libre decide interrumpir esta especie de circuito infernal de represalias y contra-represalias. Pero es necesario también aclarar que en un mundo donde las técnicas de envilecimiento se ejercen de una manera generalizada, es un mundo donde, humanamente hablando, ese acto de ruptura se hace cada vez más improbable.

A esas técnicas sin embargo no las hemos considerado aún más que bajo el aspecto más ostensiblemente monstruoso: va a ser necesario llevar mucho más lejos el análisis para reconocer hasta qué punto ellas se han asentado en el mundo en que vivimos.

Admitiendo que la propaganda no pueda ser clasificada, de primera intención, entre las técnicas de envilecimiento, cabe reconocer que entre éstas y aquélla existe un íntimo parentesco; para ello será además necesario formarse de la propaganda una idea bien clara. Muchos de nosotros hemos conocido un tiempo en que la propaganda tenía una existencia relativa y subordinada a la vez. Era todavía una propaganda para, no una propaganda en el sentido absoluto del término. La idea misma de que ese término pudiera adquirir un sentido absoluto ni siquiera nos hubiera rozado. Se puede decir que la propaganda se reducía al conjunto de medios de persuasión puestos en juego para reclutar adherentes para una empresa o un partido determinados. Es por otra parte claro que, aun enfocada desde ese ángulo, la propaganda se manifiesta esencialmente corruptible (además de corruptora); y ello es tanto más cierto cuanto que tiende a convertirse en un modo de seducción. En tanto me conformo con desarrollar las razones intrínsecas por las cuales la obra de que me ocupo es útil y buena, no se puede hablar de seducción y en consecuencia de corrupción. Otra es la consecuencia si, por medios torcidos, tiendo a sacar a la luz las ventajas adventicias que el otro hallará viniendo a colocarse bajo la

Ver a propósito de propaganda -
Mannheim - Diagnostico de nuestro tiempo
J. Huxley - El fin y los medios -

ser masa, debió, previamente, por supuesto, sin tener la menor conciencia de ello, vaciarse de la realidad sustancial que estaba ligada a su singularidad inicial, o también al hecho de pertenecer a un pequeño grupo concreto. El papel increíblemente nefasto de la prensa, de la radio, del cine, habrá precisamente consistido en pasar una especie de rodillo compresor sobre esta realidad original para sustituirla por un conjunto de ideas y de imágenes superpuestas y desprovistas de toda raíz en el ser mismo del sujeto. Pero entonces, ¿no sucedería todo como si la propaganda viniese a traer una suerte de alimento a la especie de hambre inconsciente que sienten esos seres así despojados de su propia realidad? Creará así en ellos una especie de segunda naturaleza enteramente facticia, que no podrá subsistir sino por una pasión que es precisamente el fanatismo. Hay ciertamente que agregar que esta pasión se basa en el miedo, que implica un sentimiento de inseguridad que no se confiesa a sí mismo y se extravierte en agresividad. Y es por la existencia de este miedo secreto que conviene explicarse que el fanatismo implica siempre una negativa a poner en discusión, y es sobre la esencia de esta negativa que debemos interrogarnos. Este examen es tanto más necesario cuanto que estamos aquí en la zona indistinta donde puede crearse en el espíritu una confusión entre el fanatismo y la fe.

Es bien claro, en efecto, que el creyente debe considerar como tentaciones las dudas que a veces lo asedian. Pero es indispensable preguntarse en qué condiciones esta actitud puede juzgarse legítima.

Hay que ver que esta voluntad de no volver a poner en duda no es justificable si no está ligada a la trascendencia absoluta del objeto de fe, o más exactamente es esta trascendencia la que le confiere su única base de validez. En efecto, la trascendencia absoluta no es, después de todo, más que otro aspecto de lo que se ha llamado siempre el infinito, que por definición nos sobrepasa de todos modos y delante del cual sólo podemos reconocer nuestra nada. Pero por más que reconozcamos esta

Consc.
Fanatismo
(Krause)

considerar como dotada de un valor en cierta forma intemporal, se habría acabado el fanatismo comunista. El mayor mérito del espíritu crítico, es ser ante todo desfanatizador, y es lógico que en el mundo donde vivimos el espíritu crítico tienda a desaparecer, que su valor no sea ya ni siquiera reconocido. Sería necesario, además, desenredar las razones por las cuales ese espíritu crítico, desde hace un cuarto de siglo, ha declinado en las proporciones aterradoras que sabemos. No cabe duda que una falsa y deplorable filosofía de la vida algunos de cuyos elementos se encuentran en Nietzsche, otros sin duda en Sorel, etc., haya contribuido en el plano superficial de las ideas a determinar esta regresión. Pero no es menos cierto que habría que cavar mucho más profundamente, pues esta filosofía de la vida sólo pudo apoderarse de los espíritus porque una cierta evolución profunda de la mentalidad o quizá de la afectividad la precedió. Correspondería, pienso, en este registro, mostrar el nefasto papel que desempeña la velocidad, la creencia en el valor de la velocidad, en una palabra, una cierta impaciencia que ha contribuido profundamente a alterar el ritmo mismo de la vida espiritual.

Por otra parte habría que preguntarse en qué condiciones una idea o una persona, o más exactamente el peligroso complejo constituido por la idea y la persona, tiende a adquirir la potencia fanatizante que hemos visto. Tendré buen cuidado de introducir aquí afirmaciones demasiado generales derivadas de una filosofía de la historia por sí misma azarosa. Contentémonos con describir lo que vemos delante de nosotros. Un simple hecho salta a la vista del observador más superficial: vemos, por ejemplo, jóvenes que han recibido una intensa formación intelectual, y en los que todo parecería deber promover el espíritu de crítica, abismarse, al contrario, en un fanatismo que los aísla radicalmente de los que no piensan como ellos. Sin duda es prudente, en principio, negarse a poner en duda la buena fe de estos jóvenes. Sería demasiado fácil admitir que son simplemente ambiciosos u oportunistas.

Crítica
de

palabra cuyo sentido ya no es comprendido. Por una increíble aberración, toda obediencia es asimilada a una pasividad. Ahora bien, servir, quiere decir gastarse para; el alma del servicio es la generosidad. El servidor es lo contrario del esclavo. Pero la logomaquia contemporánea confunde estos dos términos. Yo sólo puedo aquí indicar sobre qué camino debiera orientarse, a mi juicio, la reflexión reconstructiva fuera de la cual no hay filosofía digna de ese nombre. Habría que preguntarse en qué condiciones esta libertad al servicio de la gracia es susceptible de ser ejercida. Dos posibilidades deben ser inmediatamente excluidas. Primero nadie puede ya suscribirse a un cierto individualismo atomista que estuvo de moda en el siglo XIX. Esto es tan evidente que no cabe insistir. Pero la otra posibilidad, la otra tentación exige al contrario ser notada y denunciada con el mayor cuidado: quiero hablar de la inmersión en la masa.

Correspondería pensar que es solamente en el seno de grupos muy limitados, de muy pequeñas comunidades que la libertad al servicio de la gracia puede ser efectivamente ejercida. Estas comunidades podrán afectar muy diversas formas: una parroquia, sin duda, pero también una simple empresa, una escuela, qué sé yo, una hostería... Hay que agregar en seguida que estas pequeñas comunidades no deben estar cerradas en el sentido bergsonian, sino por el contrario abiertas las unas a las otras, ligadas por flexibles intermediarios, predicadores quizá. Entre ellas deben realizarse mediaciones de manera que poco a poco se vuelvan como los granos de una espiga, pero no como los elementos de un agregado. Es el tejido viviente que hay que volver a crear. No simplemente el tejido nacional. Pues es necesario, pienso, ver mucho más lejos que la nación. Además no está demostrado que la nación, como tal, pueda aún constituir una unidad completamente viva en el vasto conjunto que entrevemos. Como lo había visto profundamente Arnaud Dandieu, que sobre ciertos puntos fué verdaderamen-

6 anti-
masivis-
mo - grupos
primarios -

Posição idêntica a esta, do ponto de vista, porém,
exclusivamente sociológico, e defendida por
Mannheim - diagnóstico de nuestro tiempo.

comportamiento se asimila él mismo a una máquina que debe dar un rendimiento preciso durante un lapso dado. Pero debemos notar, por otra parte,—y ahí está la paradoja sobre la cual debemos reflexionar— que esta asimilación que puede parecernos degradante tiene como contrapeso una cierta pretensión, una cierta idea pretensiosa de sí mismo con base contractual: sólo debo el trabajo por el cual me pagan; a partir del momento en que me conformé a las cláusulas de mi contrato, me pertenezco y nadie tiene el derecho de reclamarme nada.

y Es totalmente evidente que esta posición, o si se quiere esta manera de afirmarse en sí mismo, está en la base de un hecho absolutamente general, la rarificación del servicio doméstico; aquellos que se colocaban en casas particulares prefieren ahora hallar su subsistencia en una oficina o en un taller. Este hecho, se entiende, comporta múltiples explicaciones; en particular un cierto gusto por la vida colectiva. Es, por otra parte, cierto que se justifica en alguna medida por la manera escandalosa como durante demasiado tiempo los patronos han tratado a los servidores. Esto, me parece, sobre todo en la burguesía, y agregaría, sobre todo en la burguesía de la ciudad. Sin embargo esos abusos, por muy graves que sean, no me parece que deban ser mirados como la causa verdadera del hecho que nos ocupa, sobre todo cuando las costumbres sobre este punto se han modificado completamente, y que hoy, por un cambio muy explicable, son por el contrario los empleados quiénes están en posición de tener a rienda corta a los empleadores.

El verdadero problema que rocé hace algunos momentos nos conduce a la naturaleza y al valor del apego: ¿A qué se debe este apego? Y al mismo tiempo, ¿en qué consiste realmente este sentimiento? La palabra sentimiento no es, por otra parte, completamente exacta; todo parece indicar que el apego se sitúa de alguna manera más allá o fuera de la conciencia psicológica que el ser es susceptible de adquirir. To-

x O prof. Julian Marias - Introducción a la Filosofía - página - encuentra nesta rarificação do serviço doméstico a primeira causa do desmoronamento da família Tradicional.

siquiera nos preguntamos si hay compatibilidad entre las ideas que esas palabras designan. Pero la reflexión permite justamente reconocer que esas ideas corresponden, para hablar como Rilke, a direcciones del corazón completamente opuestas. La igualdad traduce una suerte de afirmación espontánea que es la de la pretensión y el resentimiento: soy tu igual, no valgo menos que tú. En otros términos, la igualdad está centrada sobre la conciencia reivindicadora del yo. La fraternidad, al contrario, tiene su eje en el otro; tú eres mi hermano. Aquí todo sucede como si la conciencia se proyectara hacia el otro, hacia el prójimo. Esta palabra admirable, el prójimo, es una de esas que la conciencia filosófica desestimó demasiado, dejándola en cierta forma desdeñosamente a los predicadores. Pero cuando pienso con fuerza "mi hermano" o "mi prójimo" no me inquieta saber si soy o no soy su igual, precisamente porque mi intención no se constriñe a lo que soy o a lo que puedo valer. Se podría decir aún que el espíritu de comparación es extraño a la conciencia fraternal. Esto es tan cierto que si esta conciencia está en mí, puedo sentir una verdadera alegría, que, aunque disguste a los sartrianos, no presenta ningún carácter bajamente masoquista al reconocer la superioridad de mi hermano sobre mí. ¿Se dirá que de todos modos hay aquí comparación? Pero me parece que un matiz sutil debiera intervenir. Este sentimiento de superioridad que está acompañado de alegría es del orden de la admiración, lo que significa que es un impulso, un salto, una creación. La comparación es otra cosa; todos hemos podido experimentar de una manera inmediata, dolorosa y humillante la especie de contracción o de frío súbito que se produce cuando, después de habernos exaltado, por la admiración y por la simpatía feliz ante el brillante éxito logrado por un amigo, hemos retomado bruscamente conciencia de nuestro fracaso o de nuestras decepciones personales; pero si tenemos alguna nobleza de alma esa contracción dolorosa se presenta a nosotros inmediatamente como un movi-

* Gordon Allport tenta uma "restauração" da palavra amor, desgastada por preconceitos cientificistas em "Cultural Groups and Human Relations" (Basic Principles in Improving Human Relations)

en *Le Dard*, en el mundo que se desarrolla hoy, cada uno tiende a decir: "No estoy bien, pero mi vecino tampoco está bien." Todo parece demostrar con una claridad eneggecedora que una cierta reducción a un común denominador sólo puede desarrollar el resentimiento en el mundo. Esto podría ser ilustrado de muy diversas maneras. Está perfectamente claro que los medios técnicos vienen a ponerse ellos mismos a disposición de una ideología, ya sea marxista, fascista, etc. y de los slogans, en los que toma cuerpo. Pero resulta no menos claro —y convendría preguntarse por qué— que una ideología no puede ser un foco de amor, que en el sentido más profundo de la palabra, no puede ser una religión, sino solamente una pseudo-religión y una contra-religión: ésas son en particular las características del comunismo, aunque en un cierto sentido saca seguramente partido de la falaz analogía que presenta con el mensaje evangélico, y que sea quizá ese parecido especioso, que engaña a muchos ignorantes e ingenuos, lo que le comunica una parte de su fuerza de propulsión. Pero se puede, creo, plantear aquí sin vacilar algunas afirmaciones muy simples.

La ideología aspira, por naturaleza, a convertirse en propaganda, es decir, en transmisión automática de fórmulas magnetizadas por una pasión de esencia en su fondo odiosa, y que no se corporiza más que a condición de que se ejerza contra una cierta categoría de seres humanos elegidos como víctimas propiciatorias: los judíos, los cristianos, los francmasones, los burgueses, etc., todo esto según los casos. Nada es más chocante que ver con qué facilidad se opera la sustitución de una víctima por otra.

Esta propaganda se ejerce con bastante dificultad sobre el individuo dotado de sentido crítico, puede, incluso, irritarlo y ponerlo en actitud defensiva; al contrario, encuentra en las masas un terreno de elección; pero aun esto es poco decir.

Es la propaganda la que tiende a constituir la masa como tal, difundiendo entre los individuos que tiende a aglutinar, *electrizándolos*, la ilusión de que pueden acceder a una concien-

cia de masa, y que esta masa constituye algo más real y más valedero de lo que son cuando son tomados separadamente.

Esta misma propaganda utiliza, por supuesto, el sentimiento de potencia que sienten los individuos al verse reunidos en gran número alrededor de un mismo objeto. La analogía con las grandes asambleas religiosas es aquí engañosa al extremo. Pues en una asamblea religiosa digna de ese nombre, toda la atención se fija en una cierta realidad trascendente y misteriosa. Aquí, por el contrario, el objeto es sólo un pretexto, y es en el fondo a sí misma a quien la multitud tiende a tomar por ídolo. El increíble error de ciertos sociólogos de principios de siglo consistió, digámoslo al pasar, en interpretar partiendo de lo colectivo degradado los hechos religiosos en sí. Las reuniones monstruosas que se multiplicaron desde hace un cuarto de siglo tienen precisamente como objeto favorecer esta especie de autolatría colectiva, que por definición no puede reconocerse como tal, pues la habilidad de los organizadores consiste siempre en hacer de manera que el pretexto no sea tomado como simple pretexto. Se puede pensar, lo digo de paso, que las Iglesias cometen una grave imprudencia cuando favorecen por su cuenta grandes manifestaciones más o menos exactamente calcadas sobre las que acabo de mencionar, pues esas manifestaciones desatan fuerzas incontrolables que podrían ejercerse para enfrentar la verdadera fe.

Convendría hablar aquí, una vez más, de la tentación del número, que es seguramente una de las más temibles que conozca el hombre contemporáneo, así como del prestigio de las estadísticas, al cual se puede decir en la hora actual ningún cuerpo constituido logra sustraerse, incluso aquel cuyos fines son los más espirituales (pensemos, por ejemplo, en las estadísticas parroquiales o diocesanas sobre el número de comuniones). Nunca se repetirá con demasiada fuerza e insistencia, que es únicamente a condición de sustraerse a esta fascinación del número que podemos esperar permanecer en lo espiritual, es decir en la verdad. Pero hay que decir que, en el mundo

x A propósito do número como um dos mitos modernos, ver TRISTÃO DE ALMEIDA - "Mitos do nosso tempo."